

Uno de los aspectos más novedosos de *Aristocracia y plebe* fue el esfuerzo del autor por iluminar los aspectos cotidianos de la estructura de clases en la Lima colonial. Con pocas excepciones, la historia social peruana seguía atada al viejo esquema marxista/reduccionista según el cual las formas de conducta de las colectividades humanas derivan de su posición estructural de clase: campesinos y obreros, por ejemplo, eran estudiados como trabajadores y huelguistas, pero casi nunca como padres de familia, vecinos, amigos o jaraneros. Desde sus primeros trabajos –recordemos por ejemplo su libro *Los mineros de la Cerro de Pasco*²– Flores Galindo introdujo en el Perú una problemática que resultaba tributaria de los trabajos del historiador inglés Edward Palmer Thompson, pero que también se nutría de otras fuentes teóricas como Antonio Gramsci y Raymond Williams: ¿cómo combinar en el análisis –y en la propia definición de la categoría de “clase”– las condiciones estructurales de la sociedad y las formas subjetivas en que dichas condiciones son experimentadas? Una clase social, decía Flores Galindo –y pueden advertirse aquí los ecos de las posturas thompsonianas–:

es una realidad en movimiento, que no puede estudiarse en abstracto o a priori, y que, en función de las circunstancias que vive, soporta o genera, pasa por diversos estadios: periodos de formación, de hegemonía sobre una sociedad, de disgregación y ocaso. En cualquiera de estos momentos, resultan indistinguibles las relaciones económicas de la cultura y la mentalidad que cohesionan a los hombres.

Implícita en su perspectiva teórica estaba también una idea que Thompson mismo se encargaría de enfatizar: *clase* es básicamente una categoría relacional, que se desarrolla necesariamente en relación a (y generalmente en conflicto con) otros grupos sociales. *Aristocracia y plebe* buscaba un acercamiento

ARISTOCRACIA Y PLEBE

Carlos Aguirre

Uno de los trabajos mejor logrados y más leídos de Alberto Flores Galindo fue sin duda Aristocracia y plebe,¹ un libro que replanteó la discusión sobre la independencia del Perú sobre la base de una exploración de la estructura de clases de la sociedad colonial. Su punto de partida fue la observación de que Lima, a diferencia del sur andino, no produjo un movimiento social popular y anticolonial de envergadura. En busca de una explicación a dicha ausencia, Flores Galindo se impuso la tarea de desmontar las estructuras de dominación de la sociedad colonial y trató de entender las dinámicas sociales detrás de la aparente pasividad política de los grupos subalternos.

to a la compleja realidad social de Lima a través del análisis de los dos grupos que él identificaba como centrales en la estructura de clases de ese tiempo: la aristocracia colonial y la plebe urbana.

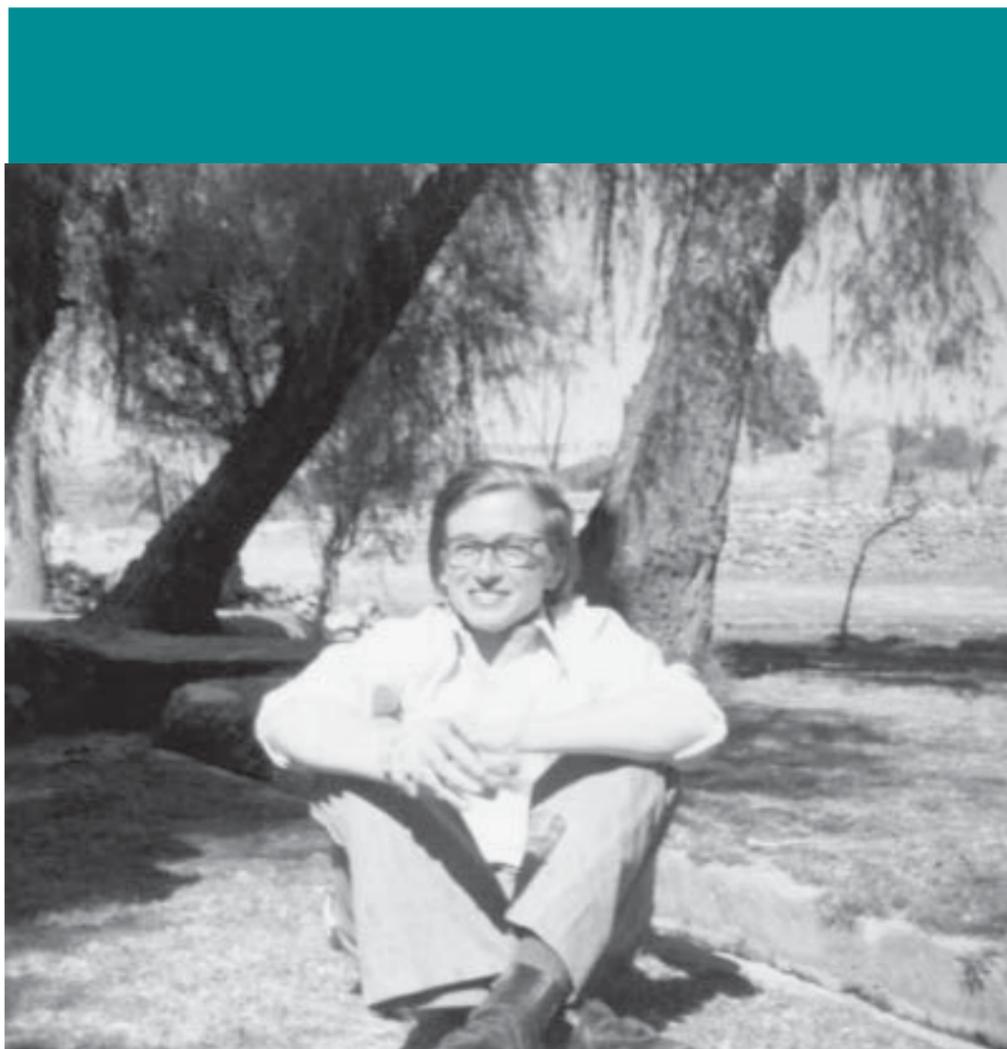
Por razones de espacio quiero concentrarme en su análisis de la plebe colonial,

que ofreció una perspectiva más novedosa, creativa y fecunda que su análisis de la aristocracia. Pocos estudios habían analizado, antes de este libro, a la plebe colonial. Existían algunos pocos trabajos sobre esclavos y artesanos urbanos (recordemos los aportes de James Lock-

hart, Francis Bowser, Emilio Harth-Terré, y otros), pero ninguno había intentado reconstruir un perfil colectivo de ese grupo heterogéneo que los contemporáneos llamaban, despectivamente, “la plebe”. Uno de los méritos iniciales del libro fue precisamente otorgar a

estos sectores marginales un rol protagónico en la historia de su sociedad. ¿Cómo caracterizaba Flores Galindo a la plebe colonial? Algunos términos aparecen con frecuencia en su relato: heterogeneidad, fragmentación, inestabilidad, violencia cotidiana. “Los plebeyos, nos dice, se definían porque, en una sociedad que pretendía acatar una rigurosa estratificación social, sus miembros carecían de ocupaciones y oficios permanentes”. La plebe poseía una naturaleza esencialmente “volátil”. Aunque Flores Galindo se resiste a denominarles “marginales”, los veía como grupos que vivían “al margen de la cultura.” Para ellos, añadió, “no hubo ilustración”: no conocían a Jean-Jacques Rousseau, ni habían oído hablar del *Mercurio Peruano*. Por otro lado, se trataba de un conglomerado social, laboral y étnicamente heterogéneo. Estas clases populares urbanas, dice el autor, fueron “prolíficas en biografías, pero imposibilitadas de resumirse en una sola.” En algún momento incluso parece lamentar la falta de un símbolo popular-nacional equivalente al roto, al gaucho, o al llanero que represente a las clases populares limeñas.

Heterogeneidad y fragmentación serían entonces los signos distintivos de la plebe, pero también lo era el uso cotidiano de la violencia, incluyendo la violencia interétnica. Los plebeyos agotaban sus energías en una serie de enfrentamientos que reproducían, en lugar de cuestionar, los modos que la aristocracia y el estado coloniales usaban para ejercer la dominación. Esta sucesión interminable de enfrentamientos hizo virtualmente imposible la emergencia de un proyecto cohesionador ➔



AFG, Sabandía, Arequipa, 1976.

¹ FLORES GALINDO, Alberto. *Aristocracia y plebe: Lima 1760-1830 (Estructura de clases y sociedad colonial)*. Lima: Mosca Azul, 1984.

² FLORES GALINDO, Alberto. *Los mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930: un intento de caracterización social y política*. Lima: PUCP, 1974.

➔ que les permitiera desafiar el poder de la aristocracia colonial.

Los enfrentamientos, dice el autor, recorren toda la vida cotidiana, desde el mercado de trabajo hasta las diversiones. Pero no puede surgir –salvo en 1821 y de manera muy efímera– un movimiento social que articule esos intereses múltiples, no porque exista una subordinación a la aristocracia, sino porque los conflictos en el interior de esas ‘clases populares’ son demasiado intensos: los esclavos divididos entre bozales y criollos, enfrentados ambos sectores a los indios, y todos disputando con la plebe la escasa oferta de trabajo.

En este contexto, sostiene Flores Galindo, la violencia desde abajo se disuelve en estos innumerables enfrentamientos cotidianos en lugar de usarse para atacar a los enemigos de clase: apenas queda espacio para soluciones individuales como el bandolerismo, el suicidio, o la delincuencia.

Los rasgos de inestabilidad y fragmentación, que Flores Galindo atribuye a la plebe, condicionaron las relaciones entre ella y los grupos dominantes. Según su interpretación, la imagen de una plebe inorgánica y fragmentada ayuda a explicar por qué el ejercicio de la dominación a través del “consenso” fue imposible y más bien se recurría, de manera central, a la violencia, no necesariamente la violencia del estado, sino aquella ejercida de manera privada por los poderosos. Las imágenes de violencia horizontal y vertical atraviesan el libro de una manera central. Parecería que en la Lima de postrimerías de la colonia la violencia a todo nivel hubiera encontrado su reino. Los subtítulos de algunos capítulos del libro así lo ilustran: “Violencia de todos los días”, “La ciudad como cárcel”, “Vivir separados”, “Sevicia”.

Una consecuencia de estos rasgos definitorios de la plebe es que, a fin de cuentas, no llegó a constituir una clase social, careció de un proyecto colectivo y de una alternativa social, que son asumidos como rasgos centra-

MÁS ALLÁ DE LA CIUDAD LETRADA / SILVIA SPITTA

En *La ciudad sumergida*, Flores Galindo nos devela un mundo caótico, peligroso, dominado por bandas urbanas, una ciudad donde rige el miedo en general y el miedo al otro en particular. Leer este texto, truncado por la muerte temprana del autor, nos lleva a reconocer nuestras ciudades de hoy y a darnos cuenta de que poco a poco han cambiado; en fin, a darnos cuenta de que la crítica que Salazar Bondy hizo de la “arcadia colonial” es más acertada que nunca. Como concluye Flores Galindo, la violencia era generalizada en la colonia. No hay mejor símbolo de esto que el hecho de que el pan de cada día era producido en las panaderías por numerosos prisioneros encadenados al trabajo. La violencia no entra en el pan de cada día sino que se llega a infiltrar a la vida familiar, “otro terreno de confrontación” donde numerosos divorcios son solicitados en las cortes. (137)

(...) De esta manera vemos que el proceso de lo que algunos están llamando, con cierta nostalgia, la “pérdida” del letrado de la ciudad, o la “toma” de la ciudad por los emigrantes, es más una dinámica que data desde la colonia. Pues mientras los unos se afanan en aferrarse a la letra como modelo ordenador, los otros, desde siempre, han contestado ese poder no solo a través de la letra misma sino también desplegando una multitud de estrategias diferentes.

“Prefacio”, en: SPITTA, Silvia y Boris MUÑOZ. *Más allá de la ciudad letrada. Crónicas y espacios urbanos*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003.

les dentro de la constitución de una clase. La falta de dicho proyecto, más aún, impidió que la plebe ejerciera una influencia decisiva en el proceso que condujo al fin

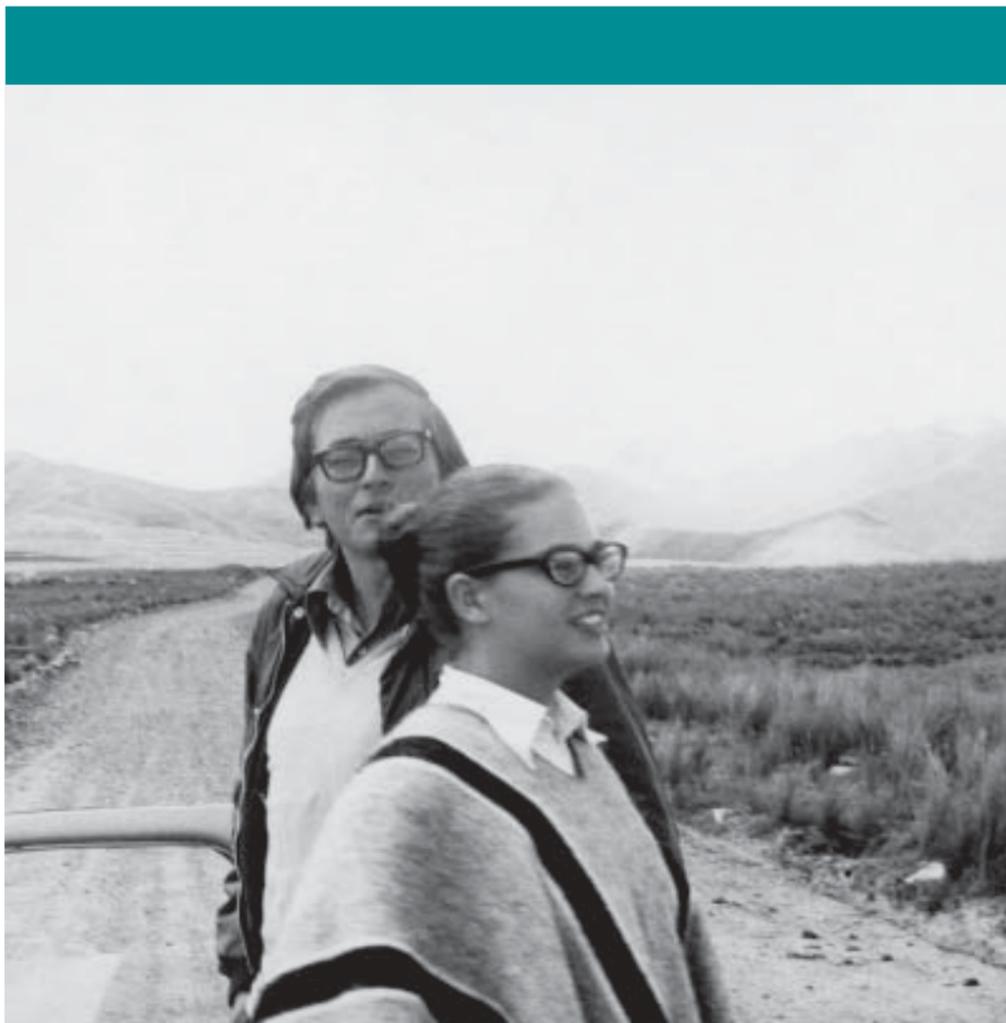
de la dominación colonial. Pero curiosamente, a pesar de eso, la plebe sobrevivió, a diferencia de la aristocracia, que fue virtualmente destruida en ese proceso. Y, de

alguna manera, el carácter fragmentado e inestable que se le atribuye a la plebe terminó siendo también el signo más notorio del país en la etapa posindependentista.

Así, la plebe terminó imprimiendo su sello al conjunto de la sociedad.

Quizás valga la pena notar cómo la visión de Flores Galindo sobre la plebe del siglo XVIII ofrecía ciertas semejanzas con las imágenes que muchos tenían sobre la Lima de comienzos de los años 80, cuando el libro estaba siendo escrito. Si recordamos que en el Perú de esos años –marcados por la violencia senderista y la represión estatal– se utilizaban categorías como “anomia” para describir un proceso de «desintegración» de la sociedad y el estado peruanos, se resaltaba el aumento de la delincuencia y la marginalidad, se repetían sucesos violentos como los motines carcelarios, y el movimiento sindical organizado y los partidos políticos empezaban a mostrar los síntomas de una aguda crisis de representación, no debería sorprendernos encontrar ecos de esa realidad en la manera como Flores Galindo retrataba la sociedad limeña de fines de la colonia.

La interpretación del autor sobre las clases populares urbanas coloniales tuvo el mérito de ensamblar los aspectos económicos, culturales, sociales, étnicos, y demográficos de su experiencia vital. En otras palabras, evitó cualquier aproximación reduccionista o unilateral. Su explicación, es cierto, enfatiza las “ausencias” –de proyectos colectivos, de mecanismos de integración, etc.– pero esto es de alguna manera congruente con la forma “negativa” de su pregunta inicial (“¿Por qué *no* hubo una revuelta social en la Lima de fines del XVIII?”). Pero, aunque seguimos básicamente persuadidos por su retrato de la plebe como una entidad colectiva multifacética, inestable, heterogénea, fragmentada, y, generalmente, resistente a los intentos desde arriba (los cuales el autor debió precisar mejor) por controlarla y domesticarla, también creemos que es posible encontrar puntos débiles o que necesitan refinarse en su argumentación, algunos de los cuales, de hecho, fueron advertidos en las dis-



Alberto Flores Galindo con su esposa en Ccatca, Cusco, 1976.

cusiones posteriores a la publicación del libro. Mencionemos rápidamente algunos de ellos. Por un lado, Flores Galindo no analizó a los grupos “intermedios” de la Lima colonial que no pertenecían ni a la aristocracia ni a la plebe, a pesar de que era ciertamente consciente de su existencia. Por ejemplo, cuando discute el suicidio del esclavo aguador Antonio, afirma que este poseía una conciencia social “opaca” que lo llevó a tomar una salida desesperada e individual. Dicha opacidad resultaba del hecho de que, entre el amo y el esclavo, había “toda una red de intermediarios [que] se interponía para que estos personajes contrapuestos y antagónicos no alcanzaran a visualizarse con nitidez”. Más aun, en esa red, conformada por “profesionales, artesanos, pequeños comerciantes, dueños de pulperías y chinganas, arrieros, panaderos, burócratas, la aristocracia encontraba una barrera y una protección frente al encrespado universo social urbano”. Si revisamos el argumento de Flores Galindo sobre la ausencia de un proyecto popular colectivo, y reparamos en que parte de esa ausencia se debe a esta “conciencia opaca” que, a su vez, es producto de estas redes de intermediación, podemos concluir que un examen de estos grupos y redes echaría muchas luces sobre los procesos de formación y conflicto de clase en las postrimerías de la colonia. Por tanto, un esquema binario como el que este libro ofreció tendría hoy que ser sometido a importantes revisiones.

Por otro lado, el autor prestó muy poca atención a las manifestaciones sociales que podríamos llamar “integradoras”: familia, matrimonio, compadrazgo, redes de solidaridad étnica o regional, religión, y otras. Historiadores como Paul Gootenberg, Steve Stern, y Christine Hünefeldt llamaron la atención sobre esto en el debate en la *Revista Andina* en 1984, y estudios posteriores como el de Jesús Cosamalón sobre los matrimonios interétnicos en Lima a fines

del XVIII, han cuestionado la imagen casi exclusiva de tensión y violencia que ofrecía Flores Galindo de las relaciones sociales al interior de la plebe.

En parte, esto tiene que ver con las fuentes que Flores Galindo privilegió (juicios criminales y eclesiásticos) pero también con su propia opción teórica: el conflicto (latente o abierto) como esencia de las relaciones humanas en sociedades fundadas en la explotación y la injusticia. Flores Galindo hizo del conflicto y las formas de violencia social y política un eje común a toda su obra histórica y ensayística –así, estudió las rebeliones, los conflictos laborales, las guerrillas, la represión y la guerra sucia, los movimientos revolucionarios. Y aunque esto no implica necesariamente un error de perspectiva (después de todo, el conflicto es inherente a la naturaleza de las sociedades humanas), sí creemos que sus explicaciones deben ser confrontadas con estudios que tomen en cuenta otras formas de interacción social que no necesariamente estaban

signadas por la violencia, un tema que el historiador Augusto Ruiz Zevallos ha enfatizado en su provocador ensayo *Buscando un centro*³.

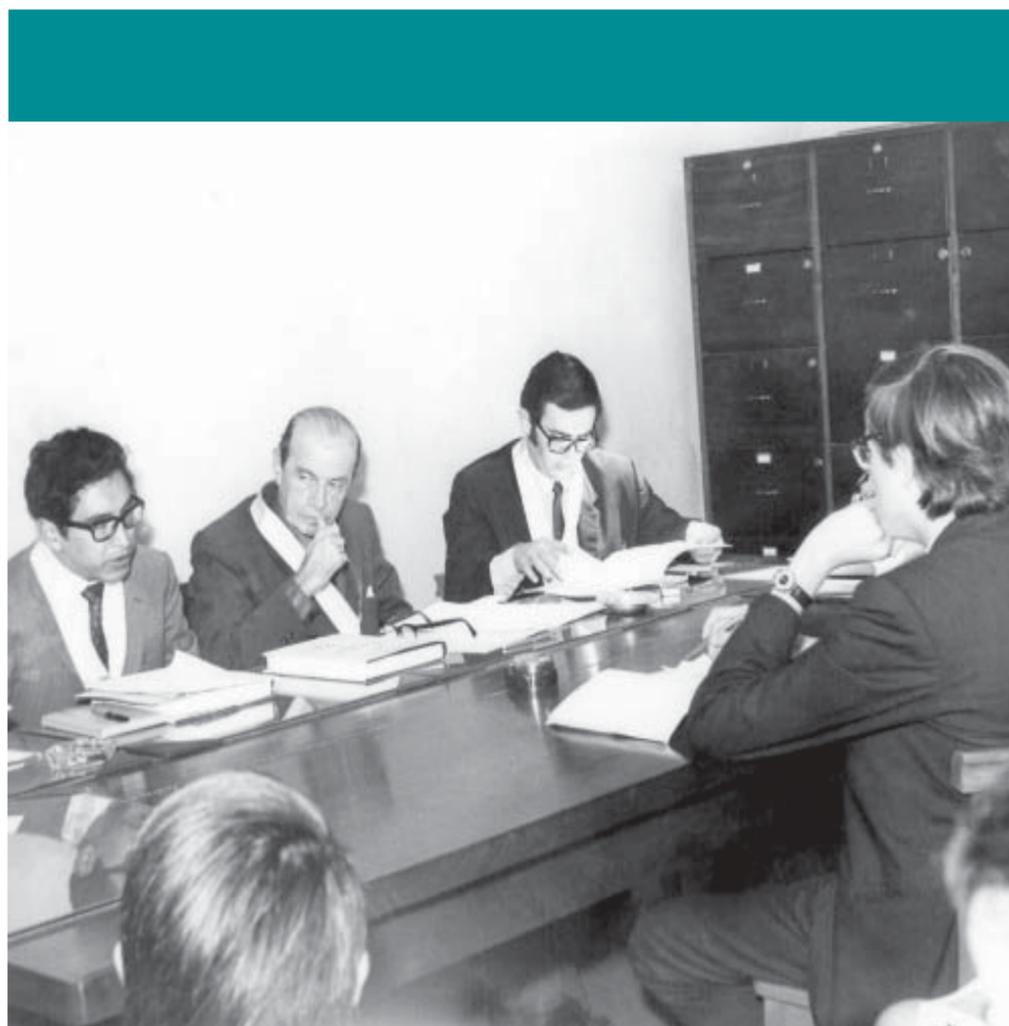
Un breve paralelo con el caso de México podría ayudar a ilustrar este punto en relación al tema de *Aristocracia y plebe*. En su importante artículo “Islas en medio de la tormenta”, el historiador norteamericano Eric Van Young se planteó una cuestión muy parecida a la de Flores Galindo: ¿porqué no hubo en la ciudad de México una revuelta social de envergadura como las que hubo en las zonas rurales de Nueva España? Van Young pasa revista a una serie de factores: la creciente presencia de migrantes en la ciudad, la inestabilidad ocupacional, la fragmentación étnica y cultural, y otros. También presta atención a otros ingredientes, en particular, a ciertas formas de paternalismo y clientelismo que acercaban a los grupos populares y las élites. Pero incluso esta aproximación de Van Young deja de lado otro elemento central, que también está ausente en *Aristocracia y plebe*, y

sobre el cual ha llamado la atención el historiador Michael Scardaville para el caso de México: la importancia del sistema judicial como árbitro del conflicto social. Es significativo que Flores Galindo concentrara su atención en los aspectos más represivos del aparato judicial –cárceles, castigos, ejecuciones públicas– pero ignorara casi por completo la función de la ley como moderadora del conflicto social. Una explicación de las razones por las cuales los grupos populares no se plantearon la alternativa “revolucionaria” debería incorporar en el análisis las relaciones entre las clases populares y la justicia estatal. Un estudio del rol de la ley y el litigio dentro de las negociaciones entre los grupos poderosos y los sectores subalternos nos ayudaría a entender mejor las dinámicas de hegemonía cultural y política en este período.

Finalmente, queremos llamar la atención sobre lo que podríamos llamar el “pesimismo” de Flores Galindo respecto a las clases populares limeñas de fines de la colonia. Al explicar su no

conformación como clase y la no emergencia de un movimiento social organizado, les atribuye una falta de “conciencia social”. “La fragmentación ocupacional –nos dice– bloquea la emergencia de una conciencia de grupo a pesar de la miseria y la explotación”. Estudios posteriores revelan que ciertas formas de cultura política urbana pudieron desarrollarse, que los grupos plebeyos no eran totalmente ignorantes de lo que pasaba a su alrededor, y que ciertas formas de crítica social pueden ser identificadas en algunas de sus manifestaciones culturales. Que un esclavo limeño no planteara la desaparición de la esclavitud, por ejemplo, no revela necesariamente una “conciencia opaca”. Una relectura de algunas de sus fuentes a la luz de ciertos desarrollos recientes en la historia política y cultural podría arrojar nuevas luces sobre las formas de conciencia política de los grupos plebeyos de la Lima del XVIII. Algunas pistas se pueden hallar en los trabajos de Juan Carlos Estenssoro sobre la plebe ilustrada, de Charles Walker sobre el impacto del terremoto de 1746 sobre las clases sociales de Lima, y de Mónica Ricketts sobre el teatro a comienzos del XIX.

Como todo gran libro, *Aristocracia y plebe* renovó el debate sobre importantes problemas históricos y dejó abiertas varias interrogantes para futuras investigaciones. Poco más de veinte años después de su publicación, releerlo nos permite disfrutar de nuevo de la magnífica prosa de Flores Galindo y de su mirada aguda y crítica sobre el pasado, que él siempre entendió como indesligable del compromiso intelectual y político con los problemas del presente. ■



Alberto Flores Galindo, durante la sustentación de su tesis: Los mineros de la Cerro de Pasco, con Heraclio Bonilla, Raúl Zamalloa y Franklin Pease.

³ RUIZ ZEVALLOS, Augusto. *Buscando un centro: la crisis de la modernidad y el discurso histórico del Perú*. Lima: Universidad Federico Villarreal: Editorial Universitaria, 1998.